

DESLINEALICEMOS EL AMOR  
Por JUAN FELIPE RAMOS CORREA

En esos tiempos en los que ocurre, la meta consiste en buscar, cuando se busca, una pareja que se adapte a nuestros gustos, si es que de gustos se puede hablar en el amor. De esta manera, supongo que los “tortolos” evitan la mayor serie de discusiones simples, incluso banales, que no solo corroen la relación desde sus inicios, sino que suceden por temas relativamente sencillos en el mejor de los escenarios. Sin embargo, admitámoslo, eso no sucede o, al menos, no en mi caso. Y tiene mucho sentido: Es imposible encontrar a la pareja perfecta. La vida, y en especial el mundo, no es ese rompecabezas que personas un tanto psico-rígidas, como yo, tienden a formar en su mente. Las piezas no encajan del todo, no todas juntas hacen la imagen de la Mona Lisa con su sonrisa visible en múltiples ángulos y, por supuesto, la vida, caótica en sí con sus millones de variables, no cumple ese condicionante de linealidad que tanto buscamos para simplificarlos problemas. Aún así, lo intentamos buscar y más aún, lo intentamos cumplir.

Y sí, hablando un poco de modelado de sistemas dinámicos, me encontré con que era posible linealizar, al menos en un punto, un sistema que parece caótico, y resalto la palabra “parece” pues, de no parecer sino “ser” un sistema caótico, es imposible siquiera intentar predecir lo que pasará en el futuro, y ahí es cuando comienza el pequeño error. Sin embargo, como les comentaba, es lo que buscamos, lo que anhelamos en nuestra vida y es increíble e interesante ver cómo, en repetidas ocasiones, he logrado notar que las personas que me rodean, incluso yo mismo, caemos en el intento de linealizar un sistema caótico. Por ejemplo, ¿Quién no ha escuchado la frase “Donde hubo fuego, cenizas quedan” o “Más vale pájaro en mano, que cien volando”? Todas son resultados de varios eventos y experiencias que tenían, o parecían tener, condiciones iniciales parecidas, pero que no en todos los casos terminaron de la misma forma. Pongámonos a pensar, ¿En todos los casos en los que tuvimos fuego, quedan cenizas?

A la larga, y por estricta definición, ese es el caos. A pequeños cambios en las condiciones iniciales, encontramos grandes cambios en el funcionamiento del modelo de un sistema y, llevándolo un poco más allá, este es el principio del amor: el sistema caótico más cercano a la realidad humana, a su conformación social. Todo parece comenzar con un camino parecido al que alguien más ha surcado, aunque estoy consciente de que no todo el tiempo sea así, pero, finalmente, no tenemos ni idea de cómo va a terminar. Siempre hay una mirada, una expresividad, un beso, una coincidencia, pero no llegamos a saber cómo terminará, ni siquiera a saber si habrá un final. En consecuencia, opino, es eso mismo lo que hace al amor y a las personas que nos lo representan tan importantes como lo son en nuestras vidas. El amor se torna interesante en algún punto dado que es caótico, impredecible, errático bajo pequeños cambios y es, justo ahí, donde se vuelve aún

más interesante el paradójico intento de convertirlo en todo lo contrario. En ocasiones pienso que puede ser que el paso del tiempo y la adaptación a un nuevo escenario sea lo que merma nuestra búsqueda de novedad, al encontrar en nuestro entorno una sensación de control sobre el mismo. De ahí mismo supongo que proviene la necesidad inherente de cuadrar nuestras relaciones sentimentales a un espacio meramente analítico, intentando incluso predecir acciones conjuntas que, de manera meticulosa, implican el unir el pensamiento de dos entes que, en primera instancia, también son caóticos: aunque ese sea el fin primordial de mi carrera y también sea de mi entero gusto, no encuentro nada más difícil.

En general, me gusta ver el concepto del amor como un sistema caótico de la misma forma en que veo el enorme mural que se encuentra en la fachada de un edificio que reposa sobre la calle 26, a la altura de la carrera décima, en Bogotá: El momento exacto en que dos individuos se besan. Lo curioso de estos individuos es que el retrato de su escena no está del todo finalizado, al faltar, desde hace un buen tiempo, que sean definidos los colores de su cabello. A mi parecer, jamás serán definidos y jamás deberían serlo, puesto que así mismo es el amor: esa clase de escenas las vivimos y presenciamos todos los días, las comprendemos, pero jamás sabemos nada de lo que acarrearán los protagonistas. Vemos tantas veces estas escenas que no es posible otorgarle un color de cabello a los participantes de este hecho y, de la misma manera, jamás sabremos en qué terminará la romántica puesta.



“El beso”. Bogotá, Colombia [1]

Es de toda esta forma que he decidido seguir la filosofía de Bernardo de Claraval en un sentido menos religioso y más general, sin que ello implique una alteración en mi complejo y confinado canal con Dios: la medida de mi amor es, y será, amar sin medida. Y, por supuesto, con esa ausencia de medida me refiero por completo a la imposibilidad misma de medir lo que he admitido caótico, destruyendo por completo ese peso de mis hombros, esa necesidad ridícula de querer estar al frente de algo que, con certeza, no puedo ni quiero liderar, simplemente vivir. He logrado darme cuenta que, tan sólo en algunas ocasiones, es mejor ceder el testigo de la búsqueda resolutiva total a aquello que recae en la oportunidad de generar un bien mucho más común que particular.

Por fortuna, tengo presente que el caos no implica necesariamente inestabilidad local y, por tanto, aunque New Orleans y Barranquilla se parezcan, como dice Carlos Vives en su canción, yo seguiré intentando darle tiempo al tiempo, escuchar consejos sin seguirlos como sectario y no intentar tomar la rienda confusa de mis historias de amor, sino vivirlas con especial atención y apertura, diciéndole a las personas que emanan en mí ese sentimiento que así lo logran, haciéndolo de maneras únicas, mas no extravagantes.

¿Qué hará usted?

[1] [https://pbs.twimg.com/media/DJr4OrsXkAAIV\\_h.jpg](https://pbs.twimg.com/media/DJr4OrsXkAAIV_h.jpg)

---